

## ENTRE JAPON Y ESTADOS UNIDOS

Para nosotros, los latinoamericanos, Estados Unidos siempre fue aquel país de praderas infinitas, que conquistó durante el Siglo XIX el Lejano Oeste y que antes y después orientó su punzante mirada de águila hacia aquello que ellos llaman «down there» y la historia ha bautizado como su patio trasero. O sea Guatemala, Panamá, Colombia, Bolivia, Perú, Chile. Pero la verdad de la milanesa es que les interesa solamente cuatro países: México, por ser frontera, Venezuela por su petróleo, Brasil por su vocación expansiva y Argentina por su antigua bonanza y sus relaciones con Europa.

Japón, en cambio, alcanzó una gran notoriedad entre los peruanos cuando Alberto Fujimori fuera elegido presidente de la República en 1990. Hasta aquel entonces, Japón era para una gran mayoría un lejanísimo archipiélago de innumerables islas, los malos eternos del cine norteamericano, que habían atacado en diciembre de 1941, a mansalva y sin aviso, Pearl Harbor.

Entre los políticos desconfiados, Fujimori es entendido como una peligrosa cabecera de playa del avance asiático en la América latina, sobre todo si actuaba en dupla con Víctor Joy Way, el nexa de los negociados con China. Es una verdadera lástima que la presencia oriental en el país se haya maleado por estos dos políticos de nuevo cuño, ya que tanto Japón como China tienen muchos descendientes en el país plenamente integrados a la vida nacional.

La aparición de la Cuenca del Pacífico como un espacio de grandes posibilidades económicas, comerciales y culturales, coloca al Perú, entre otros países americanos, en un escenario donde Estados Unidos y Japón tienen un papel determinante. No importa que Japón tenga tan solo 377.800 km<sup>2</sup> y los Estados Unidos 9.158.960. La importancia del Japón en Asia es fundamental. Su economía supone casi el 70% de la de todo el Asia del Este. Su PBI es 4,4 veces mayor que el chino, 10,7 veces mayor que el de Corea del Sur y 56,8 veces mayor que el filipino. Después de la de los Estados Unidos, la japonesa es la economía más grande del mundo, con aproximadamente un 15% del PBI mundial. Es más grande que la suma de las economías de Alemania, Reino Unido y Francia, y por sí sola representa casi  $\frac{3}{4}$  partes de la economía del continente asiático.

La de los Estados Unidos es la economía más poderosa y avanzada del mundo, con un PBI per cápita de 31.500 dólares, el mayor entre las naciones altamente industrializadas. Su modelo económico está orientado al libre mercado y, por lo tanto, la mayor parte de las decisiones económicas son tomadas por los individuos y por las grandes corporaciones. Estados Unidos marcha al frente de los avances tecnológicos, especialmente en las áreas de computadoras, la industria de la salud, la industria aeroespacial y la industria de equipamiento militar.

La figura de Alberto Fujimori no le es extraña a ambos países. Estados Unidos criticó el golpe de Estado de 1992, para luego avalarlo, y Japón defiende hasta la fecha al ex presidente que escogió la tierra y la nacionalidad de sus ancestros para huir y luego esconderse de la justicia peruana. Tenemos la corazonada que Estados Unidos y Japón no se llevan bien; que Estados Unidos prefería a la China, antes de que se convirtiera en el principal país que se autodefine todavía como comunista, después del colapso de la antigua Unión Soviética. Lo cierto es que el Siglo XXI tendrá a la Cuenca del Pacífico como uno de los escenarios más vigorosos de desarrollo, y que varios países sudamericanos deberán hacer grandes esfuerzos para no tener solamente una participación secundaria.

En términos generales, la tendencia descendente de la inversión exterior de Japón, que se había iniciado a partir de 1989, se detuvo en 1993. A partir de esa fecha, la inversión siguió aumentando. En 1998, sin embargo, la inversión decreció un 21% con respecto a 1997. Esa tendencia parece continuar en el año 2000 como en otras partes del mundo desarrollado. El sector manufacturero representa un 63% de sus inversiones en el extranjero. Hay que destacar el crecimiento de los sectores de alimentación y de maquinaria eléctrica. Geográficamente, en 1999, a Europa se dirigió el 38,7% de la inversión directa japonesa, seguida por Estados Unidos (33,4%) y América Latina (11,2%).

Tanto Japón como Estados Unidos parecen pertenecer a otra galaxia si los comparamos con países como el Perú. El salario anual bruto de un ejecutivo japonés es de 167 mil dólares, que aquí podemos encontrar en algunos sectores privados. Sin embargo, el de los técnicos e ingenieros oscila entre los 100 y los 125 mil dólares anuales, cifra que no se encuentra en el mercado nacional. Lo mismo ocurre con el de las secretarías que varía en el Japón entre los 33 y los 50 mil dólares anuales y para qué hablar del de los ayudantes, mozos de restaurantes y subalternos que

perciben entre 25 y 33 mil dólares. El Perú puede definirse, más bien, como un país de sueldos africanos para la inmensa mayoría, cuya población paga precios japoneses por los servicios públicos. Los políticos nacionales discuten si a los empleados públicos les hacen un aumento de 50 soles (o un sol sesenta diarios, o cincuenta centavos de dólar) y los economistas se rasgan las vestiduras cuando se plantea aumentar los sueldos de aquellos que ganan menos de 500 soles al mes. El Perú, sin embargo, es el país sudamericano que más paga a un presidente: Toledo recibe 18, 000 dólares mensuales, mientras el mexicano Vicente Fox recibe 11,700 dólares, el colombiano Andrés Pastrana 6,665, el argentino Fernando de la Rúa 3,500 y el chileno Ricardo Lagos 2,600 dólares.

En este número **Quehacer** inicia una aproximación al universo de la Cuenca del Pacífico y dedica sus páginas a la realidad social y cultural de países que nos son cercanos, pero que no conocemos en su realidad interna: Estados Unidos, de mutaciones constantes, - actualmente la población latina es de 35 millones y constituye la segunda minoría étnica del país, por ejemplo - que tiene un cine y una literatura de calidad. Del país del Sol Naciente recogemos igualmente expresiones de su literatura y cine, con el propósito de superar prejuicios recientes por la culpa exclusiva del ciudadano Fujimori, que se encuentra a mitad de camino entre la nacionalidad peruana y la japonesa, con un pie en el delito, otro en la sombra, siempre con su pétrea actitud con la cual gobernó el Perú durante la década de los noventa.